

abans i a les seves filles i gendres, que saberen sempre endolcir-li tots els moments de la seva vida.

Trueta de l'amistat en feia un culte; recordaré sempre les paraules de con-

sol i de companyia que va prodigar-me en la mort d'una filla meva, i no oblidaré ja mai, amb unció l'acomiat, poc temps abans de morir, que va dir-me: «Adéu, fins al Cel».

## EL PROFESOR ANTONIO SALVAT NAVARRO

Dr. AMADEO FOZ TENA

(Académico Numerario)

Excmo. Señor Presidente,  
Muy Ilustres Señores Académicos,  
Señoras, Señores:

Desde que en la fecha aún reciente del seis de febrero del año en curso ingresé en esta Real Academia como Académico Numerario, es la primera vez que me ha correspondido el honor de evocar la memoria de un Académico desaparecido. Se trata del Profesor Doctor Don Antonio Salvat Navarro o, como él con frecuencia prefería, Antonio Salvat y Navarro, profesor que fue de las Cátedras de Higiene y Sanidad y de Microbiología y Parasitología de la Facultad de Medicina de la Universidad de Barcelona, y miembro Numerario de esta Academia, en la que ingresa como Académico Numerario el 11 de julio de 1920. Su Discurso de entrada versa sobre «La anti-genoterapia no específica y la anti-quiralaxia para-bacteriana como fundamento para otras orientaciones en cuanto a la profilaxis y tratamiento de las enfermedades infecciosas» y es

contestado por el Dr. Don Augusto Pi y Suñer. Continúa como Académico Numerario hasta que el 16 de abril de 1948 es incluido en el escalafón de Académico Correspondiente Nacional para pasar en 1963 a la categoría de Académico Honorario, situación en la que continúa hasta su muerte.

Como recuerda él en el final del volumen III de su «Tratado de Higiene»: «Toda sazón es de tránsito y la nuestra no podía constituir excepción.» A lo largo de su dilatada y fecunda vida los impresionantes cambios políticos, sociales y científicos que han cambiado el mundo, y en los que se ve envuelto, repercuten en su vida de manera decisiva.

Puede decirse que, desde antes de nacer, está destinado a ser médico. Su padre, oriundo de Maspujols (Tarragona) y nacido en Reus, es médico militar. Había cursado sus estudios de Medicina en la Facultad de Zaragoza en donde casó con una aragonesa, Doña Justa Navarro Zanuy.

Nuestro biografiado nace en Zara-

goza el 23 de noviembre de 1883, en la típica calle del Portillo, hoy desaparecida. Apenas cumplido un año, queda huérfano de madre y su padre pide el traslado a Cuba dejando al pequeño Antonio en Zaragoza, al cuidado de sus abuelos maternos. A los siete años de edad se traslada con su padre a Cuba. Se instalan en Santiago y, allí, continúa su educación y estudia el Bachillerato. Hijo de militar y residente en Cuba, vive en aquellos momentos las tensiones, sobresaltos y desilusiones de la lucha contra la insurrección cubana; permanece en Santiago durante el sitio de la ciudad y sufre la tristeza de la capitulación. Poco después, su padre es repatriado y regresan a España instalándose en Valencia como Director del Hospital Militar de dicha plaza.

Es en la Facultad de Medicina de la Universidad de Valencia donde Antonio Salvat Navarro cursa sus estudios de Medicina. Alumno muy inteligente, bien preparado y muy estudioso, obtiene a lo largo de toda la carrera notas brillantísimas; a los 21 años termina los estudios de la misma y consigue el Premio Extraordinario de Licenciatura. Poco después, en 1906, se doctora con la calificación de Sobresaliente y Premio Extraordinario.

El ambiente en que se educa influye sin duda en su orientación profesional y en 1905 ingresa como médico de la Armada, con el número uno de su promoción. Es destinado a Cartagena en donde permanece hasta 1908. Durante este tiempo conoce, y se casa,

con la alicantina Remedios Ronmatí Vicedo.

En 1907 se desarrolla entre la guarnición de Cartagena un pequeño brote de peste; Salvat, ayudado por una monja, se ocupa personalmente de la asistencia a los apestados. Su heroico comportamiento le vale la Gran Cruz del Mérito Naval con distintivo Blanco. El hecho de coincidir este brote epidémico con una epidemia de tífus hipertóxico hace más difícil su labor médica y complica de manera extraordinaria el diagnóstico preciso. No especializado aún Salvat en Bacteriología, el diagnóstico etiológico de la peste se realiza por Durán de Cottes y Clavero.

Muy poco después de estos acontecimientos, en 1908, ocurre un hecho decisivo en la vida profesional de Salvat; gana el Premio Cajal para ampliar estudios de Bacteriología. La duración de esta Ayuda alcanza dos años que disfruta, a partes iguales aproximadamente, en Madrid (Hospital de la Princesa), París (Instituto Pasteur), Bruselas (Instituto Pasteur) y Berlín (Instituto Roberto Koch). Hombre de clara inteligencia, estudioso apasionado, gran trabajador, se comprende que, en tales centros de trabajo, consiga una excelente formación en Higiene y en Microbiología.

Regresa a España en 1910, ingresa en Sanidad Exterior y es destinado sucesivamente al puesto fronterizo de Port-Bou y al Lazareto de Vigo.

Estudia infatigablemente y a los 30 años escasos, en 1913, obtiene por oposición la Cátedra de «Higiene con

Prácticas de Bacteriología» de la Facultad de Medicina de la Universidad de Sevilla. Permanece en aquella Cátedra hasta 1918 desarrollando una encomiable labor de enseñanza y de investigación.

En 1917-1918, con ocasión de la epidemia de gripe que asolaba al mundo, estudia la eficacia de una vacuna antibacteriana contra las complicaciones pulmonares gripales; los fundamentos del método y los resultados conseguidos constituyen la base de su trabajo: «La vacunación contra las complicaciones de la gripe».

Durante su estancia en Sevilla inicia la publicación de la que será su obra más importante, el «Tratado de Higiene». En el Prólogo al tomo I (tercera edición) Salvat justifica su publicación con las siguientes palabras: «Esta obra se ha producido en virtud y a consecuencia de intensas mociónes espirituales experimentadas por el autor, que le indujeron a seguir el camino abierto un día por los insignes Profesores Monlau, Giné Partagás, Santero y Alcina, como tratadistas de las ciencias higiénicas en España. El fin de las insignes labores de estos sabios cerró un período férvido en tal orden de actividades, tras del cual vino un paréntesis de quietismo lo bastante prolongado para que envejecieran las obras de aquellos hombres: el hecho derivado consistió en quedarnos a merced de los autores extranjeros, para conocer aquí los progresos constantes de la Higiene en el mundo.» Reconoce también que escribe la obra en un momento de tránsito «entre un período

en que se escribían tratados magistrales con pretensión totalitaria acerca de las diversas disciplinas científicas, y otro en que predominan las publicaciones monográficas».

Más adelante se refiere a su Tratado como «una obra unipersonal atendida a criterio propio y respondiendo a íntimas e intransferibles intenciones». Aduce en defensa de la publicación del mismo el hecho de que siempre existirán principiantes o neófitos que para aprender una ciencia «habrán de *principiar* por el *principio* de una pauta continua» por lo que él, recalca, escribe el libro «con el propósito deliberado de tratar cada cuestión justamente hasta la meta de su aspecto general, o sea como un ingrediente adecuado a un curso de *introducción indivisible* al estudio de la higiene».

Para declarar, finalmente, que si bien «el comentarista indocumentado quizá no se convenza de que semejante *introito*, curso preparatorio, elemental, o como quiera llamársele para declarar su intrínseca simplicidad, haya de ser desarrollado en tres gruesos volúmenes», él, como autor, se justifica de manera categórica diciendo: «no nos interesa justificarnos más que ante los entendidos, y éstos conocen perfectamente las dimensiones contemporáneas de las Ciencias y de las Artes abarcadas bajo el epígrafe de Higiene y Sanidad».

Pido perdón por una cita tan extensa y fragmentaria pero creo que en ella se reflejan a la perfección tres de los aspectos fundamentales del pensamiento de Salvat que nos ayudan a com-

prender su manera de proceder a lo largo de su existencia.

*Primero:* Su decisión de trabajar en pro de una ciencia española que, recogiendo lo básico de la ciencia universal, tenga en cuenta las particularidades de todo tipo propias de nuestro país. Quiero, dice textualmente, «hacer libros genuinamente españoles con el fervoroso propósito de redimir la literatura científica nacional de una servidumbre exótica».

Estimo oportuno este momento para destacar una de las características más acusadas de Salvat; me refiero a su patriotismo exaltado, condicionado seguramente por el ambiente en que fue educado y por haber vivido en Cuba los tristes momentos a que antes nos hemos referido y que se manifiesta, como en tantos españoles de la generación del 98, en un deseo de compensar errores y fracasos anteriores con una dedicación constante y disciplinada, a semejanza de Cajal, a una labor personal para la que, previamente, se han capacitado de manera adecuada.

*Segundo:* Salvat ha captado con claridad que las ciencias médicas y, de manera concreta la Higiene, están en un momento de transición, lo que significa que las realizaciones a que le conduzca su esfuerzo personal pueden ser de vigencia muy limitada.

*Tercero:* El sentido de su propio valer.

Tomemos de nuevo el hilo de la vida de Salvat cuando en 1918 pasa a Bar-

celona a ocupar la Cátedra de Higiene que hasta hacía poco había desempeñado el profesor Rafael Rodríguez Méndez.

En este punto me parece oportuno esbozar la situación de la Higiene y de la Microbiología por aquellos tiempos en nuestra ciudad. Recordemos que en 1887 se funda el Laboratorio Municipal al que se confieren las siguientes funciones: a) preparación y aplicación de determinados productos biológicos (sueros, vacunas, etc.); b) la investigación científica; c) la enseñanza de la Bacteriología.

Dirigido en sus inicios por Jaime Ferrán, desarrolla sus actividades en medio de dificultades y de luchas de todo tipo hasta desembocar en la grave crisis de 1906 que conduce al abandono del mismo por Ferrán y a su reestructuración en tres Secciones: la de Microbiología, dirigida por Ramón Turró, la de Química y sustancias alimenticias, a cargo de Rafael Calvet, y la de vacunación, a cuyo frente figura Luis Claramunt.

A la Sección dirigida por Turró se le asignan, entre otras, funciones de investigación y desarrollo de cursos de Bacteriología. En este momento se inicia una etapa decisiva en la vida del Laboratorio Municipal, dirigido más tarde por la figura respetable, y respetada, de Turró y, a su muerte, por González, etapa de esplendor que dura hasta el comienzo de nuestra guerra civil (1936) y que hace del mismo una de los mejores Centros, en algunas ocasiones y en ciertos aspectos el mejor, de los dedicados en España al

estudio de la Bacteriología y de los problemas bacteriológicos. Durante este período, a los nombres ya mencionados hay que añadir los de Pedro Domingo (ingresado en el Laboratorio en 1917), José Alomar, José Vidal Munné, Manuel Dalmau, Manuel Armangué, Francisco Durán Reynals, Pablo Cartañá, Antonio Valls Conforto, Jaime Suñer Pi, Manuel Piera Flo, etc.

Merecen una mención especial los Cursos de Microbiología, iniciados en 1906 como Cursos de Técnica Bacteriológica. Pedro Domingo se refiere a los mismos en su libro «Turró, Hombre de Ciencia mediterráneo», libro del que tomamos muchos de los datos de esta parte de nuestro trabajo, con estas apasionadas palabras: «Los cursos: aquellos cursos programados mirándose al espejo de las más logradas evoluciones que el mundo había alcanzado en el arte de enseñar las ciencias médicas, permitían seleccionar y conocer a los jóvenes y medio jóvenes... y aun a la gente madura, ansiosa de saber lo mejor, aprendido de la mejor manera. Una vez identificados con aquella casa, con el espíritu de aquel hogar, quedaban prendidos, tanto a su regazo como a la manera de ser de aquellos hombres para quienes la docencia no era la hora de clase, sino todas las horas de un día que por desgracia no tenía más que veinticuatro horas.»

Al llegar Salvat a Barcelona se encuentra en la Facultad con un Servicio mal dotado, sin colaboradores, sin los medios que debería poseer en aquel momento una Cátedra Universitaria y,

todo ello, dominado por una máquina burocrática lenta, enmohecida, encargada de distribuir y de administrar parsimoniosamente unas dotaciones insuficientes en absoluto para cubrir las necesidades más elementales de la docencia y de la investigación de acuerdo con las normas habituales en otros países.

A pesar de todo, Salvat trabaja, podríamos decir, trabaja con dureza, y consigue ampliar los laboratorios de su Cátedra e iniciar una investigación que le permite una serie de publicaciones entre las que nos interesa destacar:

Vacunación antitífica.

Quimioterapia en la sífilis.

Fiebre maltesa en España.

Inmunidad taquifiláctica.

Procedimiento cuantitativo para la reacción de Wassermann.

Proteinoterapia no específica.

Infecciones bacterianas tuberculiformes.

Discusión experimental de las doctrinas del Dr. Ferrán.

*La inmunidad no específica*, Discurso de ingreso en la Real Academia de Medicina de Barcelona (1920).

*La Sanidad Nacional*, Discurso inaugural del curso en la misma Academia (1933).

Lucha social antituberculosa.

Lucha social contra las toxicomanías.

Diagnóstico serológico de los quistes hidatídicos, etc.

Como puede verse, aparecen en esta relación trabajos de Higiene, de Bacteriología, de Serología e Inmunología y de Enfermedades Infecciosas.

Al mismo tiempo continúa la redacción, y la publicación, del «Tratado de Higiene», del que aparecen tres ediciones del tomo I. El tomo II se publica en 1926 y el III en 1935; éste aparece con el título de «Higiene Urbana y Social».

Al constituirse la Microbiología como disciplina independiente, desgajada de la «Higiene y Prácticas de Bacteriología», se encarga Salvat de la enseñanza de la nueva asignatura.

Un aspecto básico de la labor de Salvat como profesor universitario son, naturalmente, las lecciones de los Cursos de «Higiene y Sanidad» y de «Microbiología y Parasitología» para los estudiantes de las Facultades de Medicina y de Farmacia. Enamorado de la enseñanza, fue un profesor ejemplar en cuanto se refiere a la puntualidad y asiduidad con que, durante toda su vida, cumplió con sus obligaciones de profesor.

La asistencia a sus clases era, por lo general, bastante numerosa. No podemos negar que contribuía a ello la fama de Salvat como profesor pintoresco del cual se explicaban, y aún se explican, numerosísimas historietas y anécdotas, muchas de ellas falsas, bastante exageradas y, otras, sin ninguna duda, auténticas y ciertas.

Mis relaciones personales con el Dr. Salvat se reducen a las de un alumno con su profesor, relaciones que, en aquellos tiempos, solían ser muy li-

mitadas. En mi Discurso de ingreso en esta Real Academia me refiero a él con las siguientes palabras: «Al profesor Antonio Salvat, al que recuerdan muchos exclusivamente o casi exclusivamente por sus pintorescas anécdotas, he de agradecerle unas ideas muy elementales, es cierto, pero clarísimas sobre algunos puntos básicos de la Microbiología de aquella época.» No quiero silenciar, sin embargo, que en sus explicaciones no eran infrecuentes las disquisiciones, a veces larguísimas, cuya relación con la Microbiología o con la Higiene no acabábamos de comprender la mayoría de los estudiantes, así como el hecho de que, en ocasiones, sus expresiones, sus gestos, sus actitudes, nos divertían y nos hacían reír, nos desorientaban e, incluso, llegaban a irritarnos. A pesar de todo, insisto aquí en que le debo unas nociones muy claras de Microbiología que me fueron de gran utilidad.

Un aspecto del lenguaje de Salvat, escrito o hablado, es su extraordinaria riqueza así como la ausencia en él de todo barbarismo, aspecto éste que le obsesionaba de manera particular y que expresaba con la frase que en reciente conversación me recordaba el Dr. Zanuy, de que «yo, ni controlo, ni debuto, ni constato». Hombre muy culto, gran conocedor de la lengua castellana, utilizaba un lenguaje florido, barroco, de frases largas y bien construidas, en el que abundaban arcaísmos y cultismos, junto a palabras del lenguaje vulgar utilizadas en acepciones poco corrientes. El conjunto solía resultar agradable si bien para las

personas que no dominaban el idioma castellano o con una formación literaria deficiente llegaba a representar una dificultad para captar plenamente su sentido. He de confesar que en la actualidad al releer algunos capítulos de su «Tratado de Higiene» he saboreado con placer un estilo tan personal, aun reconociendo la no vigencia del mismo.

En sus libros y publicaciones son bastante abundantes las menciones bibliográficas. Destacan las citas de autores franceses y alemanes, con ventaja sobre las correspondientes a las publicaciones en inglés; no son infrecuentes las de autores italianos y españoles. Aparece con evidencia su admiración por los grandes bacteriólogos, inmunólogos e higienistas franceses y alemanes de los inicios de la Bacteriología y se apoya con frecuencia en el gran *Handbuch der pathogenen Mikroorganismen* que, dirigido por Kolle y Wassermann, constituye el monumento editorial básico de la Microbiología germana de aquella época.

Las escasas posibilidades de la Universidad junto con las especiales características del Servicio de Salvat no permitieron el desarrollo en el mismo de grupos de personas trabajando unidas sobre temas comunes. Salvat no hizo escuela.

Colaboraron con él en diversas épocas Ricardo Moragas, Pedro Domingo, Carlos Soler Dopiff y Agustí Corante, entre los más destacados.

La adscripción de Pedro Domingo al Servicio de Salvat como Profesor Auxiliar Temporal, ocurrida alrededor

de 1924, pudo haber significado un puente de unión entre la Microbiología de la Facultad de Medicina y la que se practicaba y se enseñaba en el Laboratorio Municipal. Desgraciadamente, no fue así.

Al instaurarse la República en 1931 la situación no se modificó pero al entrar en vigor el Estatuto y gozar la Universidad de la Autonomía iniciada en 1933, la enseñanza de la Microbiología para los estudiantes de Medicina, se simultanea, con independencia, en la Facultad de Medicina, en donde corre a cargo de Salvat, y en el Laboratorio Municipal, a cargo de Pedro Domingo, subdirector del mismo. En este momento desaparece prácticamente el débil nexo de unión que hasta entonces había existido entre ambos centros.

Al estallar la guerra civil (1936) sigue Salvat al frente de su Cátedra. Su situación no es fácil; pronto es detenido por una de las «patrullas» que durante los primeros meses de la guerra tenían atemorizada a la ciudad; es puesto en libertad gracias a las gestiones del Profesor Bosch Gimpera, Rector de la Universidad, y continúa al frente de la Cátedra hasta el fin de la guerra.

Al término de la guerra civil Salvat es sometido a la penosa «depuración» tan prodigada por aquel entonces; es desposeído de su Cátedra de Barcelona y se le destina a la Facultad de Medicina de la Universidad de Granada como Profesor de Higiene y Sanidad y de Microbiología y Parasitología.

Aunque la labor científica de Salvat se resiente, continúa con su afanosa dedicación a la enseñanza con las características antes señaladas de puntualidad y de asiduidad; se ocupa en la dirección de las instalaciones de las Cátedras de Higiene y de Microbiología en la nueva Facultad de Medicina de Granada, en construcción en aquella época; ingresa en la Real Academia de Medicina de aquel Distrito: su Discurso de recepción versa sobre «Un aspecto monográfico de estudios sobre antigenergia terapéutica»; publica un «Tratado Manual de Microbiología Médica» (1949) en colaboración con su hijo Antonio Salvat Bonmatí, etc.

Al quedar vacante la cátedra de Zaragoza, solicita su traslado a la misma para, así, estar más cerca de su familia que sigue en Barcelona, traslado que le es concedido. En este nuevo destino continúa interesado por la enseñanza a la que se dedica con su habitual solicitud hasta que, en 1953, es jubilado y regresa a Barcelona.

A partir de este momento se aparta de la Universidad y de toda actividad médica.

Goza de salud magnífica y se dedica a la vida familiar. Lector infatigable, lee de manera preferente temas filosóficos, históricos y religiosos, así como la obra de los autores españoles del siglo XIX y comienzos del XX, en especial la poesía. Relee una y otra

vez la Biblia, el Corán y las obras de Quevedo.

A los 80 años sufre un infarto de miocardio, del que se recupera completamente; pero poco a poco se acentúan las molestias de una artrosis generalizada que acaban por dificultarle toda actividad física; se inician unas cataratas que, en los últimos años, perturban su visión hasta hacerle difícil e incómoda la lectura y, lentamente, cede su resistencia física pero no su lucidez mental que se conserva magníficamente hasta el momento de su muerte, acaecida el 28 de marzo de 1977 a la edad de 93 años.

Esta es, o así la he visto yo, la ejecutoria científica y humana del Profesor Antonio Salvat Navarro quien durante toda su vida procuró ser fiel, dice: «a la memoria venerada de mis queridos maestros, entre los cuales mi padre ocupa lugar de primacía, a la institución universitaria a la que serví como estudiante, y ahora como profesor; a los ideales humanistas que comparto, y a la Patria a la que me debo.»

Con estas palabras concluye Salvat la obra básica de su vida científica, el «Tratado de Higiene». Con ellas doy yo fin al recuerdo que le hemos dedicado, con la esperanza de haberos mostrado la vida y la obra de quien tanta pasión puso al servicio de la Medicina.